

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1) INTRODUCCIÓN	1
2) LA VIUDEZ EN LA SAGRADA ESCRITURA	1
3) FIGURAS BÍBLICAS DE VIUDAS	2
4) LAS VIUDAS EN LA ANTIGÜEDAD CRISTIANA	4
5) LA MATERNIDAD Y LA PATERNIDAD DE LOS VIUDOS	5
6) BREVE HISTORIA DE UN MOVIMIENTO	6
7) PARA CONCLUIR.....	6
8) CONCRETANDO	6
9) PRÁCTICA DE EQUIPO	6
10) Y ¿CÓMO PUEDO AMPLIAR?	7

TEMA 6. LA VIUDEZ

1) Introducción

La identidad de la familia es esencialmente relacional. Hemos visto en los meses precedentes diferentes relaciones que se generan en la familia (abuelos, nietos, tíos, sobrinos, cuñados, suegros,...), cómo la enriquecen y la madurez que supone vivirlas bien. Queremos profundizar este mes sobre una situación que adviene por la pérdida de una de estas relaciones: ¿qué ocurre cuando uno de los cónyuges fallece? Lógicamente, a primera vista podemos intuir que todas las relaciones familiares se reconfiguran, pues la muerte de un familiar es un evento que afecta como por círculos concéntricos a todo el “árbol” de la familia.

La viudez es el estado en que llega a encontrarse un cónyuge al morir el otro. La pérdida del cónyuge deshace el vínculo conyugal. Este vínculo consiste en un “cuasi-carácter sacramental”, una especie de sello que nació en la celebración del matrimonio y que perdura en el tiempo “...hasta que la muerte nos separe”. El amor es para siempre, pero ahora no puede vivirse ya en el ser una sola carne. Las familias privadas de un padre o una madre participan de un modo singular del misterio de la cruz.

Según el concilio Vaticano II, la viudez entra en el ámbito de la espiritualidad de los laicos, constituyendo una característica especificación de la misma (*Apostolicam Actuositatem*, n. 4); debe aceptarse “con ánimo valiente, como continuación de la vocación conyugal” (*Gaudium es Spes*, n. 48), y las personas viudas, en cuanto partícipes de la misión de la Iglesia, “pueden contribuir no poco a la santidad y a la actividad de la Iglesia” (*Lumen Gentium*, n. 41).

2) La viudez en la Sagrada Escritura

La Sagrada Escritura habla con frecuencia del luto con sus ceremonias particulares, de los lamentos, lágrimas y el dolor por la muerte de las personas

El profeta Ezequiel vive una viudez singularmente trágica, pues la muerte de su mujer anuncia la destrucción del Templo de Jerusalén (*Ez 24,15-24*). El dolor aparece también con fuerza en las palabras de Noemí a sus nueras moabitas, Rut y Orfá, por la muerte de su marido y de sus dos hijos. Su aflicción se expresa en que pide no ser llamada ya Noemí (dulzura) sino Mara (amargura) (*Rt 1,14-21*).

También Abraham, con la muerte de Sara (*Gn 23*) y Jacob, con la muerte de Raquel (*Gn 35, 19-20*) son figuras de viudos en el Antiguo Testamento.

En la Escritura se insiste en la precariedad particular de las viudas. Por esta razón la Ley las protege (*Ex 22,21-23; Dt 24,17; 27,19*), y los profetas defienden su causa (*Is 1,17; Jer 7,6; 22,3; Zac 7,10; Mal 3,5*). El Señor mismo es denominado “padre de los huérfanos y defensor de las viudas” (*Sal 68,6*), que se ocupa de hacerles justicia (*Dt 10,18*). Precisamente esta debilidad de las viudas constituye su fuerza, porque en la debilidad se manifiesta la fuerza de Dios (*2Cor 12,9*).

Jesús en el Nuevo Testamento apunta en algunas ocasiones a la situación precaria de las viudas. Podemos recordar la parábola de la viuda insistente (*Lc 18,1-8*), o en las palabras dirigidas contra los escribas (*Lc 20,47; Mc 12,40; Mt 23,14*), que con el pretexto de largas oraciones “devoran las bienes de la viudas”. Por otro lado, Jesús muestra su misericordia a la viuda de Naín (*Lc 7,13*), y elogia a la viuda pobre que da todo lo que tiene para vivir al Templo (*Mc 12,41-44; Lc 21,1-4*).

3) Figuras bíblicas de viudas

Podemos repasar brevemente algunas figuras de viudez del Antiguo y del Nuevo Testamento.

a) “Puedo aseguaros que en Israel había muchas viudas en los días de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo un gran hambre en todo el país, sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías sino a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón” (*Lc 4, 25-26*). Esta viuda que no pide nada, demuestra una fe capaz de donarlo todo (*1R 17,10-16*). Aunque solamente le queda un puñado de harina y un poco de aceite en la alcuza, está dispuesta a ofrecérselo a Elías. Dando todo, lo recibe todo, y Elías le resucita al hijo (*1R 17, 17-24*).



Esta imagen de Marko Rupnik, fue pintada en la Iglesia de San Pedro de Gijón el año 2012. La Iglesia fue construida en el siglo XV en estilo gótico y reconstruida tras la guerra civil. Se encuentra al final de la bahía de San Lorenzo en Gijón, y en ella fue bautizado el famoso Jovellanos. Tradicionalmente se

celebran en ella muchas bodas.

En la imagen, el profeta Elías aparece sentado, y ligeramente inclinado para recibir de la viuda el pan. Simultáneamente a la ofrenda de su madre, el hijo arrodillado le ofrece la orza de aceite. Tanto el movimiento de la viuda como el movimiento del niño están dirigidos hacia el profeta. Ambos movimientos son acompañados por el viento que sopla detrás de la mujer y que parece impulsarles al don, y el arco que de abajo hacia arriba une al niño con la figura del profeta.



El centro de la escena, como se puede ver en el detalle, es el encuentro entre Elías y la viuda con figura y rostro muy estilizados. Ambos se miran mutuamente, y el cruce de miradas es paralelo al movimiento de las manos de ambos.

b) La viuda que nos narra el segundo libro de los Reyes que en su miseria puede perder hasta sus dos hijos que sus acreedores quieren tomar como esclavos. Ella con gran fe se dirige a Eliseo: “Mi marido, tu siervo, ha muerto; tú sabes que tu siervo temía al Señor” (2R 4, 1-7). Se confía a Él, que es el profeta de Dios, y sobre la palabra de Eliseo verterá aceite en todas las vasijas que logra encontrar

c) En el tema del mes pasado recordábamos el espléndido ejemplo de Rut, viuda como su suegra, que no la abandona, sino que acepta compartir su vida y su fe: “Tu pueblo será mi pueblo, tu Dios será mi Dios”. Dios le concederá una fecundidad insospechada.

d) La historia de Judit, (nombre que significa “la judía”), que elige ofrecer su vida a Dios viviendo como consagrada y Dios se servirá de ella para salvar a su pueblo. El autor sagrado nos presenta a esta mujer atribuyéndole una larguísima genealogía (la más larga reservada a una mujer) e insertándola en la historia del pueblo de Israel.

Es viuda desde hace tres años y cuatro meses; su marido Manasés, de su misma tribu y familia murió por una insolación. El autor nos la describe hermosa de aspecto, pero vestía como viuda. No tenía problemas económicos, pues su marido le había dejado oro, plata, esclavos y esclavas, y tierras. Vivía en su casa, en una tienda que se había preparado en la terraza y ayunaba todos los días, excepto la vigilia de los sábados y los sábados, las vigilia de los novilunios y los novilunios, las fiestas y los días de gozo para Israel. Vivía en penitencia y observante de la Ley; el autor nos señala que ninguno podía decir una mala palabra de ella (*Jdt* 8,8).

Sea en el discurso que dirige a los ancianos (capítulo 8), sea en la oración que dirige al Señor (capítulo 9), Judit se revela como una mujer fuerte, con la fuerza de la fe. Ora y actúa con gran audacia y fortaleza. Decapitará a Holofernes y conducirá a la victoria al pueblo de Israel.

e) El Nuevo Testamento nos refiere la figura de Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, que había permanecido viuda tras apenas siete años de vida conyugal, y que no se alejaba del Templo, sirviendo a Dios día y noche con ayunos y



oraciones (*Lc 2, 36-38*). Reconoce en Jesús la redención de Jerusalén y lo anuncia a todos en el Templo.

En *1Tm 5, 3-16*, san Pablo da instrucciones a Timoteo sobre el trato a las viudas y describe las virtudes que han de poseer. En la cultura judía, la mujer, para su subsistencia, dependía siempre de algún hombre, y esto era un problema social grave.

4) Las viudas en la antigüedad cristiana

El primer documento que testimonia el servicio de las viudas es la *Didascalia de los Apóstoles*, un documento de mitad del siglo III. En él, junto a los huérfanos, los pobres y los extranjeros, las viudas son objeto de particular atención por parte de los obispos, porque son “figura del altar”, al que se le ofrece el fruto del trabajo honesto. Entre las viudas, algunas constituyen el *ordo viudarum* (orden de las viudas). Para pertenecer a este grupo deben tener al menos cuarenta años y cualidades morales. Dice la *Didascalia*: “La viuda debe ser en todo humilde, tranquila, calmada, sin malicia ni ira, no parlanchina ni ferina, no voluble en el hablar, ni amante de litigios...”. A ellas se les encomienda el encargo de la oración incesante de intercesión por los benefactores y por toda la Iglesia. También singularmente por los enfermos, a la que se atribuía un valor particular, pues se preparaba a ella con el ayuno y concluía con la imposición de manos en la cabeza del enfermo.

Otro documento posterior importante son las *Constituciones Apostólicas*, escritas en Antioquía o Constantinopla en el siglo IV. Recuerdan la perseverancia en la oración a ejemplo de la profetisa Ana y de Judit, y refiriéndose a *1Tm 5,3-16* subrayan algunos rasgos de la figura de la verdadera viuda: ha de ser reconocida por sus buenas obras, debe haber educado bien a sus hijos, ha de ser hospitalaria, casta, fiel y pía. La novedad de estas *Constituciones* es que se habla del grupo de las vírgenes, diferente al de las viudas.

En los siglos III y IV, junto al orden de la viudas y el grupo de las vírgenes, se organiza el colegio de la “diaconisas”. Según la *Didascalia*, el obispo elegía entre todo el pueblo para ayudarlo en su ministerio pastoral a los que quería. Las diaconisas ejercían funciones análogas al diácono, pero a servicio de las mujeres. Este servicio consistía en la unción de las neófitas durante el rito del Bautismo y su sucesiva instrucción, asistencia a las mujeres enfermas y visita a la mujeres cristianas que vivían en casa de paganos. Según las *Constituciones*, en cambio, solamente los diáconos eran elegidos entre el pueblo, las diaconisas se debían elegir entre las vírgenes, o bien por falta de ellas, entre las viudas que se habían casado una sola vez.

En el *Testamento de Nuestro Señor Jesucristo*, un tratado litúrgico-canónico aparecido en Siria en la segunda mitad del siglo V aparece una atención diferente a la viuda que es una mezcla entre el orden de las viudas y la ordenación de las diaconisas. Habla de la ordenación de las viudas, y considera que pertenecen al clero.

Como conclusión podemos decir que en la Iglesia de los primeros siglos encontramos la presencia de tres grupos organizados que acogían a las mujeres para una consagración a Dios: las viudas, las vírgenes y las diaconisas. La atención de la Iglesia por las viudas pasa de una forma asistencial a una ministerialidad



organizada que preveía para ellas la oración de intercesión por toda la Iglesia y un servicio ministerial a favor especialmente de las mujeres en general y de los enfermos. El ministerio les venía encomendado con un preciso rito que tenía como vértice una oración pronunciada por el Obispo en presencia de varios grupos eclesiales y del grupo de las viudas ya instituidas.

Hoy evidentemente los tiempos han cambiado mucho, aunque en alguna diócesis como la de París, se ha aprobado un rito de bendición de las viudas con fecha relativamente reciente (24.02.1984).

5) La maternidad y la paternidad de los viudos

La viudez ha sido objeto de atención principalmente desde la perspectiva psicológica y pastoral. La vida no es comprendida verdaderamente y vivida plenamente si la idea de la muerte no es afrontada con honestidad. Como bien sabemos, el número de personas mayores crece, pero sin embargo, debido al ambiente secularizador, muchos de ellos son incapaces de comprender que la muerte es un elemento imprescindible de la vida.

Según los psicólogos, la muerte del cónyuge motiva cuatro fases diferentes: el aturdimiento, el anhelo, la desorganización y la desesperación, y la reorganización. Las personas viudas no solamente han de superar la situación subjetiva de crisis existencial sino también y sobre todo han de resituarse a la luz del proyecto conyugal y familia, que no puede ya realizarse según sus propósitos y expectativas.

Los tiempos sucesivos a la muerte del cónyuge están marcados por el sentido de la soledad, diferente del experimentado en la normalidad de la vida. Por otro lado, la soledad asume coloraciones particulares, conforme a la situación de cada persona. Su surgimiento no es debido simplemente a la percepción de la ausencia concreta, material del cónyuge, sino que es suscitada y alimentada por lo que el cónyuge ha representado bajo el aspecto relacional y afectivo. Junto a la sensación de vivir en una casa vacía, demasiado grande, le atenaza una soledad afectiva.

Con el transcurrir del tiempo, a la soledad se suma la melancolía mezclada con nostalgia de todo aquello que se ha vivido y por cuanto se podría haber vivido juntos. Prevalece, sin embargo, la convicción de que el sufrimiento presente es el resultado de un gran amor. Después de los primeros meses de la muerte del cónyuge, la persona viuda está llamada a un trabajo de reconstrucción existencial. Se reanuda el "diálogo" con el cónyuge muerto, y se intenta mejorar en las tareas cotidianas. En esta tarea de reconstrucción de la personalidad, la confianza en sí misma, la capacidad de interpretar la existencia, las amistades, las relaciones con familiares próximos, la pertenencia a un grupo son elementos importantes.

El cónyuge viudo ha de afrontar la redefinición de su misión educativa. Tras la muerte del cónyuge, de algún modo han de hacer de padre y madre a la vez, desde su propia limitación. No se trata de desnaturalizar su específica misión, ni tampoco una mera suplencia de la persona ausente, sino de modular las prácticas y acciones educativas específicas a la luz de la contribución que habría podido dar el cónyuge fallecido. La persona viuda es fuente de memorias, es aquél que recupera los recuerdos y los actualiza, como si el cónyuge desaparecido estuviese presente. De este modo, favorece el establecimiento de buenas relaciones simbólicas entre los familiares y el difunto.

La narratividad de la persona viuda, según su edad y condición, ayudará a los hijos y nietos en la tarea de tejer relaciones según el ritmo de maduración de cada uno de los miembros de la familia. La grandeza de la viudez se encuentra en vivirla en profunda unión con el misterio de Cristo, con la viva esperanza que alimenta en la oración.

6) Breve historia de un movimiento

En 1941, un grupo de jóvenes viudas de guerra parisinas decidieron hacer frente a su nuevo estado de vida, en fidelidad a su fe. En 1945 se constituyó el grupo denominado Agrupación espiritual de viudas, impulsados por el P. Henri Caffarel, fundador de Equipos de Nuestra Señora. En 1957 esta agrupación participa en un congreso de organizaciones familiares en Roma y recibe orientaciones del Papa Pío XII sobre la espiritualidad de la viudez. En 1977 la asociación recibe el nombre de “*Espérance et Vie*-Movimiento cristiano de viudas”.

En 1980 es oficialmente reconocido por la Iglesia, y se integra en los movimientos de pastoral familiar. El año 2000 se decide admitir también a viudos y se especializa en el acompañamiento de los primeros años de la viudez. Actualmente es la Presidente del Movimiento *Espérance et Vie* es Michèle Taupin, una mujer de 69 años cuyo marido murió hace dieciséis años en un accidente de tráfico. Ha participado como oyente en el Sínodo de la familia del año 2014.

7) Para concluir

Las personas viudas, con su testimonio y servicio a la Iglesia, pueden recordar a los matrimonios y a toda la Iglesia que la condición del matrimonio, como toda relación entre personas vivida en el tiempo, está marcada por la experiencia del límite y espera ser llevada a cumplimiento definitivo en las bodas eternas.

En este sentido, según la estupenda intuición de San Agustín en la carta a Proba, la viudez puede ser comprendida como imagen de la Iglesia que espera el retorno definitivo del Señor. Esta dimensión escatológica de la viudez no les aleja del compromiso cotidiano de seguir edificando la comunión familiar, de educar a los hijos, de continuar su misión educativa como padres y madres, y como abuelos.

8) Concretando

1. ¿Qué nos revela la viudez sobre la identidad relacional de la familia?
2. ¿Qué figura bíblica de la viudez te ha llamado más la atención?
3. ¿Cómo eran consideradas las viudas en la antigüedad cristiana?
4. ¿Qué prácticas pueden ayudar a las personas viudas?

9) Práctica de equipo

Sugerencias

- Lectura familiar del Evangelio de los domingos de Cuaresma



10) Y ¿cómo puedo ampliar?

Pío XII, “El problema espiritual y religioso de la viudez”, en *Alocución Nous accueillons, a las Jornadas Familiares Internacionales*, (16.09.1957).
http://mmf.campus-virtual.com/contexto/enchi/z_componer.php?codigo=0529

F. PILLONI (a cura di), *Per sempre spose. Una proposta di spiritualità vedovile*, Effatà, Torino 2006.